

Semiosis de lo ideológico y el poder *

Eliseo VERON

* Esta traducción del trabajo de Eliseo Verón aparece en *Contratexto* gracias a la autorización del autor, quien originalmente lo publicó en *Communications*, n. 28, París, 1978, págs. 7-20.

1. Producción de sentido. Materialidad del sentido. Dos "gramáticas".

Tratamos aquí ¹ de concebir los fenómenos de *sentido* como aquellos que tienen, por un lado, siempre la forma de investimentos en conglomerados de materias sensibles que por ese hecho devienen en materias *significantes* (investimientos susceptibles de ser descritos como conjuntos de *procesos discursivos*), y que remiten, por otro lado, al funcionamiento de un sistema productivo. Todo sistema productivo puede ser considerado como un conjunto de presiones cuya descripción especifica las condiciones bajo las cuales algo es producido, puesto en circulación y consumido. Lo mismo para el sentido. Ahora bien, esas presiones, en lo que se refiere al sentido tal como éste es localizable en las materias significantes que circulan dentro de una sociedad, *no* constituyen ciertamente un conjunto homogéneo; estas presiones no fluyen desde una misma fuente, no tienen todas los mismos fundamentos ni remiten todas al mismo tipo de "leyes". En otras palabras, hay sistemas diferenciados de la producción de sentido, cuya descripción exige sin duda recurrir a conceptos y modelos diferentes. Aquí nos interesamos en aquello que, entre esas presiones múltiples en la producción de sentido, remite a los lazos que el sentido mantiene con los mecanismos de base del funcionamiento social, es decir a lo relacionado con el orden de lo *ideológico* y con el orden del *poder*. Ello no quiere decir que vamos a situarnos a un nivel particular del funcionamiento social o que tendremos que tratar con un tipo de materia significativa. Muy por el contrario: *el orden de lo ideológico y el orden del*

1. Este trabajo, al proponerse como el esbozo de una problemática extremadamente vasta y compleja, obliga a presentar de una manera forzosamente esquemática y dentro del espacio disponible los asuntos tratados. El lector queda invitado a completar esta lectura, sobre todo en lo referente al problema de lo ideológico, con la de otros dos artículos:

"Remarques sur l'idéologie comme production de sens", en *Sociologie et Sociétés*, Montréal, 5 (2): 45-70, 1973, e "Ideologie et communications de masse: sur la constitution du discours bourgeois dans la presse hebdomadaire", en *Ideologies, littérature et société en Amérique Latine*, Editions de l'Université de Bruxelles, 1975: 187-226. La cuestión de lo ideológico en relación al "discurso de la ciencia" está desarrollado en detalle en *Fondations* (en una recopilación de textos en preparación).

poder atraviesan de extremo a extremo a una sociedad.
Volveremos sobre este punto.

Si se plantea el marco general de una teoría de la producción de sentido, éste último aparece inevitablemente como resultado de un *trabajo social* (en una terminología ligeramente diferente: como engendrado por prácticas). Lo que se manifiesta entonces bajo la forma de investimentos de sentido en materias es trabajo social. *Sólo hay sentido si éste está incorporado a complejos de materia sensibles.* Incluso si se quiere hablar de "representaciones" o de "sistemas de representaciones", éstos, para el análisis de la producción de sentido, no pueden tener otra forma de existencia que la de investimentos significantes en materias. El punto de referencia de todo procedimiento *empírico* en este terreno está constituido por fenómenos de sentido *constatados*. Disposición de materias significantes portadoras de sentido, conjuntos significantes que han sido extraídos, para las necesidades del análisis, del flujo ininterrumpido de producción —circulación— consumo de sentido en un contexto social dado. Lo que yo llamo aquí "investimiento" no es más que la *puesta en espacio-tiempo de sentido*, bajo la forma de procesos discursivos.

El problema del estatuto de una multiplicidad de conceptos analíticos utilizados en las ciencias sociales para estudiar funcionamientos que conciernen al poder y a las ideologías se plantea así. Es evidente que tales conceptos (por ejemplo, "instituciones", "relaciones sociales", "normas", "dominación", "representaciones" y tantos otros) remiten a lecturas hechas por el sociólogo, el antropólogo, de "paquetes" extraordinariamente complejos de materias significantes de todo tipo. Una teoría de la producción del sentido debe interrogarse acerca de los fundamentos de tales "lecturas". Una teoría de la producción social de sentido no puede dejar de sustentar al mismo tiempo su propia legitimidad epistemológica, en tanto que discurso (con pretensiones científicas) sobre el sentido socialmente producido.

Una aproximación que se propone aplicar a los fenómenos de sentido el modelo de un sistema productivo debe postular relaciones sistemáticas entre conjuntos significantes dados (constatados), por un lado, y los aspectos

fundamentales de todo sistema productivo: producción, circulación, consumo. El sentido de esos aspectos impone la descripción de las *condiciones* bajo las cuales su funcionamiento tiene lugar. Se puede así hablar de condiciones de *producción*, de *circulación*, de *consumo*. A estas últimas preferimos denominarlas condiciones de *reconocimiento*.² Estas condiciones son ciertamente exteriores al conjunto significativo dado (constatado) que ha podido ser tomado como objeto de análisis, pero no pueden ser consideradas como ajenas al sentido en general: esta distinción entre sentido producido y condiciones de producción *no* debe reproducir la vieja dicotomía infraestructura/superestructura, como si el sentido fuese un "nivel" de la sociedad y como si hubiese "abajo" alguna realidad de la que el sentido estuviese ausente. El más íntimo fragmento de comportamiento social implica al sentido. Hay, entonces, sentido de ambos lados de la distinción conjunto significativo/condiciones de producción. El corte se produce por la intervención del análisis.

En el funcionamiento de una sociedad nada es ajeno al sentido: el sentido está *presente en todo*. Luego, lo ideológico y el poder están también *presentes en todo*. En otros términos: todo fenómeno social es susceptible de ser "leído" en relación a lo ideológico y en relación al poder. Decir que lo ideológico, que el poder están presentes en todo es afirmar el principio de una lectura, y no la posibilidad concreta de llevarla a término: estamos muy lejos de tener los instrumentos para mostrar la ubicuidad del poder y de lo ideológico. Al mismo tiempo, afirmar que lo ideológico, que el poder están en todos lados, es radicalmente diferente de decir que todo es ideológico, o que todo se reduce a la dinámica del poder. Ello quiere decir que "ideológico", "poder" remiten a *dimensiones de análisis* de fenómenos sociales, y no a "cosas", a "instancias" que tendrían un lugar en la topografía social. Volveremos sobre esto.

Aún si especificamos nuestra aproximación como un apuntar hacia el funcionamiento del sentido en relación a los mecanismos de base de una sociedad, por lo tanto como un enfoque del orden del poder y del orden de lo ideológico, la ubicuidad de estas dimensiones no facili-

2. De los tres términos que corrientemente dan nombre a los tres momentos, *conceptualmente* distinguibles, de un sistema productivo, el de consumo parece el más puramente económico cuando se les aplica al área del sentido. Eso viene probablemente del hecho que en los ensayos (muy variados) de transferencia del "modelo" económico a otros terrenos, la instancia *consumo* ha merecido precisamente poca atención. Como no ha sido objeto de un trabajo de "metaforización" comparable con aquél al que se ha sometido a los otros dos términos, consumo sigue dando la impresión de ser un término "puramente económico". En la situación actual, me parece preferible reemplazarlo por el de *reconocimiento* que, por otro lado, ha sido ya usado en lingüística para aludir al momento de "recepción" del circuito del lenguaje, siendo consciente que ello produce cierto *desequilibrio*. Como quiera que fuese, cierta flotación terminológica me parece inevitable en el estado actual de la investigación, habida cuenta además de que una decisión individual no puede causar la estabilización terminológica.

ta las cosas: debemos tratar con toda clase de materias significantes. Ahora bien, es evidente que las articulaciones del sistema productivo no son de la misma naturaleza del funcionamiento social. Se puede "leer" lo ideológico en un sistema de comportamientos rituales igual que en la organización de la gestualidad cotidiana; se puede mostrar cómo un discurso de prensa, una conversación de pareja o un discurso fílmico se articulan en una dinámica que concierne al poder. En cada caso, las condiciones de producción, de circulación, de reconocimiento, implican mecanismos diferentes, exigen la puesta en juego de análisis específicos. La producción de sentido no está sometida a las mismas presiones cuando se trata de la circulación evanescente de las palabras en situaciones sociales llamadas interpersonales, que cuando el interés se dirige a una circulación más "extensa" como la que el soporte tecnológico hace posible para el discurso escrito. Hay, sin embargo, algunos elementos conceptuales propios al modelo abstracto del sistema productivo del sentido considerado *en general*, que pueden ser precisados. Permiten definir la aproximación desde el punto de vista metodológico.

Describir el trabajo social de investimento de sentido en materias significantes consiste en analizar *operaciones discursivas* de investimento de sentido. Estas operaciones son reconstruidas (o postuladas) a partir de marcas que están presentes en la materia significativa. En otros términos, estas operaciones son siempre operaciones subyacentes, reestablecidas a partir de marcas en la superficie material. Hemos distinguido en el modelo de un sistema productivo tres aspectos: producción, circulación, reconocimiento. Se puede hablar de marcas cuando se trata de propiedades significantes cuya relación, ya sea con las condiciones de producción, ya sea con las condiciones de reconocimiento, no está especificada. Desde este punto de vista, por ejemplo, el lingüista trabaja sobre *marcas* propias a la materia significativa lingüística. Cuando la relación entre una propiedad significativa y sus condiciones de producción (o de reconocimiento) se ha establecido, esas marcas se vuelven *huellas*, de la producción o del reconocimiento.

En efecto, estos dos conjuntos de condiciones nunca

son idénticos: las condiciones de producción de un conjunto significativo jamás son las mismas que las condiciones de reconocimiento.³ La separación entre producción y reconocimiento es extremadamente variable, según el nivel de funcionamiento de la producción de sentido en que uno se sitúe, y según el tipo de conjunto significativo que se estudie. En todo caso, tenemos que ver siempre con dos tipos de "gramáticas": "gramáticas de producción" y "gramáticas de reconocimiento".⁴ Por el contrario, no existen realmente huellas de la circulación: el aspecto circulación no puede ser hecho "visible" en el análisis más que como la distancia entre los dos conjuntos de huellas, las de la producción y las del reconocimiento. Voy a dar, para ilustrar la importancia de la distinción entre los tipos de gramáticas, dos ejemplos situados a niveles completamente diferentes del funcionamiento social: uno remite a los procesos de interacción, el otro concierne a la circulación social del discurso escrito.

Hace tiempo he tratado de distinguir algunas características discursivas que permiten diferenciar la palabra producida por sujetos que, por otro lado, otro discurso (el de la psiquiatría y el del psicoanálisis) describía como la de los pacientes neuróticos graves: histéricos, fóbicos, obsesivos. Así era posible relacionar ciertas propiedades significantes de la palabra de estos pacientes con los fundamentos dinámicos de cada tipo de "neurosis". La manipulación del relato sobre la enfermedad, el empleo de conectores temporales para describir el episodio "original" de sus problemas y el dispositivo de la enunciación centrado sobre el sujeto se vuelven así inteligibles, por ejemplo, a la luz de un modelo de la dinámica profunda de los sujetos histéricos. Desde este punto de vista, entonces, se trataba de la reconstrucción de una gramática de producción del discurso del hístico. Era evidente, al mismo tiempo, que las propiedades discursivas de esta palabra eran, por así decirlo, una *puesta en acto, en la situación misma de interacción*, de las estrategias propias de la historia: problema por lo tanto del *efecto de sentido* de esta palabra sobre un interlocutor, es decir, problema de reconocimiento. Y era imposible inferir de una manera lineal o directa, a partir de una descripción de la palabra de un sujeto desde el

3. De la *invencción* de esta distinción se produce la "ilusión inmanentista" en el análisis de textos, característica de lo que he denominado en otro lado la "primera semiología". Véase "Remarques sur l'idéologique comme production de sens", *loc. cit.*

4. El término "gramática" debería llevar comillas a lo largo de todo este texto. Han sido eliminadas en lo que sigue para no hacer el artículo demasiado pesado.

punto de vista del sistema de presiones en que se produce el sentido, el *efecto de sentido* de esta palabra sobre todo sujeto: se precisaba necesariamente tener en cuenta los rasgos neuróticos dominantes en el interlocutor. En otros términos: un sujeto con dominante fóbica no "reacciona" al discurso histórico de la misma manera que un sujeto obsesivo.

Las estrategias interactivas (y por lo tanto el objeto del *poder* dentro de la situación de interacción) parecen así una especie de *mecanismo de articulación recíproca* entre dos gramáticas: la del locutor-productor de una palabra dada, y la del interlocutor, quien, en reconocimiento, hace una "retoma" de esta palabra *para producir otra*.⁵

5. E. Verón y C.R. Sluzki.
Comunicación y neurosis.
Editorial del Instituto.
Buenos Aires, 1970.

Esta distinción ayuda igualmente (y es el segundo ejemplo) a comprender la circulación social de los textos, en particular lo que concierne a las prácticas científicas. En relación a la materia significativa lingüística, entonces, y en la medida en que tenemos que ver con las presiones derivadas de los mecanismos de base del funcionamiento social, la separación entre producción y reconocimiento nos permite tocar la cuestión de la historia social de los textos, es decir el conjunto de relaciones (sistemáticas, pero cambiantes) que definen la distancia entre las condiciones (sociales) bajo las cuales un texto ha sido producido, de un lado, y las condiciones (que se "desplazan" si se puede afirmar, así, a lo largo del tiempo histórico) bajo las cuales ese texto es "reconocido". En el orden de la producción social de conocimientos, esta distancia puede ser de docenas de años. Se ve bien que para un texto dado se puede tratar de reconstruir una gramática para dar cuenta de sus condiciones de producción, pero que por el otro lado habrá de hecho una *serie* de gramáticas de reconocimiento, asociadas a diferentes momentos históricos en los cuales ese texto ha *producido efectos* (visibles en la práctica discursiva de una ciencia, es decir visibles bajo la forma de *otros textos* de los que el primero ha sido en su momento una condición de producción). Todo texto es entonces susceptible de esta doble lectura. He tratado de aplicarla al caso, particularmente significativo, del *Curso de lingüística general*: en mi opinión, son las condiciones de producción de la

separación misma las que explican los fenómenos de emergencia de prácticas científicas.⁶

6. Ver al respecto, *Fondations, op. cit.*

Dos aspectos fundamentales, en consecuencia, en una teoría del sentido en tanto que éste es engendrado por un sistema productivo: el uno, comprometido con la reconstrucción de gramáticas de producción; el otro, consagrado a la reconstrucción de gramáticas del reconocimiento. Tanto desde el punto de vista sincrónico como del diacrónico, la producción social de sentido consiste en una red significativa que es, para todos sus efectos prácticos, infinita. A todos los niveles de funcionamiento social, esta red tiene la forma de una estructura de engranajes. Tomemos todavía el caso de los discursos sociales con soporte lingüístico. En la medida en que otros textos forman siempre parte de las condiciones de producción de un texto o de un conjunto textual dado, todo proceso de producción de un texto es en realidad un fenómeno de reconocimiento. E inversamente: un conjunto de efectos de sentido, expresado como una gramática de reconocimiento no puede ser registrado más que como texto *producido*. En la red infinita de la producción de sentido, toda gramática de producción puede ser contemplada como resultado de condiciones de reconocimiento determinadas y una gramática de reconocimiento no puede ser registrada más que bajo la forma de un proceso textual determinado: he ahí la *forma* de la red de producción textual en la historia. Aquí es decisivo el término "determinado", pues esas gramáticas no expresan propiedades "en sí" de los textos; tratan de representar las relaciones de un texto o de un conjunto de textos con su "exterior", con su sistema productivo (social). Este último es necesariamente histórico.

Lo que se debe subrayar es que no puede inferirse, de una manera directa y lineal, reglas de reconocimiento (de los "efectos de sentido") a partir de la gramática de producción. Esta última define un campo de *efectos de sentido posibles*, pero la cuestión de saber cuál es concretamente la gramática de reconocimiento que ha sido aplicada a un texto en un momento dado, permanece indecible a la luz única de las reglas de producción.

2. *El plural de los textos. La mira discursiva.*
"Paquetes significantes".

Lo que hemos dicho hasta aquí implica que todo análisis de un conjunto signifiante, cualquiera que sea la (o las) materia (s) signifiante (s) en juego es necesariamente *heterónomo*. *El sentido producido se vuelve visible sólo en relación con el sistema productivo que lo ha engendrado*, es decir con relación a ese "exterior" constituido por las condiciones de producción, de circulación, de reconocimiento. Los análisis que se pretenden "inmanentes" se sitúan en las prolongaciones de la lingüística tal como ha sido generalmente practicado hasta ahora: tomar un texto como secuencia de enunciados que remiten a "la lengua". Ahora bien, y para quedarnos en primer lugar en el marco de los fenómenos propios del lenguaje, una teoría de la producción social de sentido está lejos de ser un objeto homogéneo. Todo texto es susceptible de una multiplicidad de lecturas, es un objeto plural, es *el punto de paso de varios sistemas, diferentes, heterogéneos, de determinación*. En un texto, en otras palabras, hay diferentes tipos de huellas. Y una misma marca lingüística puede ser "leída" como huella vinculada a diferentes sistemas de determinación, según el tipo de lectura que se haya ido haciendo del texto. En un texto están las huellas, eventualmente, del autor, que remiten a un sistema histórico-biográfico y al universo de su "obra". Ciertamente hay también huellas del trabajo del inconsciente. Están las huellas de los lazos que el texto mantiene con las condiciones sociales bajo las cuales éste ha sido producido, y también las huellas de operaciones que permiten el mecanismo de articulación de ese texto en una situación de poder, en una red de relaciones sociales determinadas. Y así sucesivamente. Por ello, en mi opinión, sería un grave error tratar de trabajar sobre los fenómenos discursivos transfiriendo cierta operación lingüística basada en la noción de "lengua". Esta transferencia caracteriza a la "primera semiología".⁷ En esa perspectiva se trataría de hacer "análisis del discurso", de constituir una especie de teoría universal de lo discursivo, contrapartida y complemento de la teoría de la lengua. Cuando uno se sitúa al nivel del funcionamiento discursivo, se está plenamente en lo social; la producción discursiva de sentido (y no hay una que no sea

7. "Remarques sur l'idéologie ...", *loc. cit.*

discursiva) es totalmente social: se están viendo *los* discursos y no *el* discurso. No se trata de decir que cuando se pasa al orden de lo discursivo se pasa a lo social: en realidad, la lingüística como ciencia de la lengua, como ciencia ajena a lo social, sólo se ha podido constituir sobre la base de un dispositivo metodológico destinado a *expulsar* lo social del lenguaje, reduciendo la actividad de la lengua (siempre discursiva y siempre social) al modelo de la producción de frases por un locutor-auditor ideal. ⁸

Se ve entonces por qué *el* discurso me parece un objeto ilusorio. Se puede tratar, por el contrario, de constituir poco a poco una teoría de la producción social de los discursos (pequeño capítulo de una teoría de la producción social del sentido en general). Y para cada tipo de análisis es preciso especificar el nivel de pertinencia de la lectura, el modelo del sistema productivo en el marco del cual se va a situar un conjunto textual para ubicar ahí operaciones. Entonces hay que transformar el objeto empírico de partida (el o los textos) por medio de un procedimiento que apunta al orden de la discursividad. Definamos aquí ese orden de la discursividad, al menos en negativo: *no* hay que tratar a los textos como si consistiesen necesariamente en secuencias (necesariamente lineales) de enunciados, obtenidos por "normalización" del corpus (obtenidos, en otras palabras, por destrucción de lo discursivo).

Desde este punto de vista, el orden de lo discursivo remite a dos asuntos importantes. El primero se refiere a lo que he denominado más arriba la *materialidad del sentido*. En efecto, la discursividad es un proceso de espacio-temporalización de la materia lingüística: despliegue espacial y puesta en secuencia en el tiempo, inextricablemente ligados el uno con la otra. Contrariamente a la opinión de Saussure, el orden del discurso *no es lineal*. El segundo asunto se relaciona con el hecho que, existiendo interés por el estudio del sentido socialmente producido de conjuntos significantes registrados, prácticamente nunca se trata con objetos significantes homogéneos. En los discursos sociales hay siempre varias materias y por lo tanto varios niveles de codificación que operan simultáneamente: imagen-texto; imagen-palabra-texto-sonido; palabra-comportamiento-gestualidad, etc. Estos "paquetes" sig-

8. No se trata ciertamente de negar la importancia histórica de tal dispositivo.

nificantes complejos son los que recorren las redes sociales del sentido.

3. *Ideológico, poder (I). La travesía de lo social.*
(*El obstáculo marxista*).

Aunque sea cierto que ninguna otra teoría haya sido tan decisiva en este terreno como la teoría marxista, hay que reconocer que actualmente es ella la que más obstaculiza el desarrollo de una reflexión sobre el funcionamiento de lo ideológico (o, en todo caso, cierta versión de esta teoría). Añadiré que la tendencia a la reificación de los conceptos se ha acentuado particularmente en la teoría marxista contemporánea en comparación con los textos "clásicos". La *misplaced concreteness* * ha arrasado con mucho. Se ha retomado la dicotomía infraestructura/superestructura, esa concepción geológica o más bien piramidal de la sociedad, que quisiera que ésta estuviese constituida por "pisos" superpuestos.⁹ Por supuesto que es una metáfora, pero dice bastante sobre otras propiedades de la teoría en que aparece: la "base" (ajena, por supuesto, a lo ideológico, que se encontraría *afuera*) es "determinante en última instancia"; la superestructura, más o menos distanciada, "sigue". O bien: la superestructura puede volverse relativamente autónoma de la "base", pero es seguro que lo político es más "cercano" de la "base" que lo ideológico. La misma mentalidad de reificación ha producido el concepto curioso de "práctica ideológica", como si lo ideológico fuese algo que se encuentra "en algún lado", como si lo ideológico, al interior de una misma serie homogénea estuviese "al lado" de lo económico y de lo político.

Ya lo hemos dicho: hablar de ideológico y de poder es hablar de dos *dimensiones* en el análisis del funcionamiento de una sociedad. Estamos hablando de una *doble mirada* que puede alcanzar cualquier fenómeno social, a cualquier nivel del funcionamiento de una sociedad, cuando se trata *a la vez* de comprender su producción y su reproducción.¹⁰ En consecuencia, son dimensiones que *atravesan* enteramente a una sociedad.

Se trata de comprender la semiosis necesariamente

* Concreción fuera de lugar. En inglés en el original (N. del t.).

9. Yo mismo utilizaba esta terminología en "Vers une logique naturelle des mondes sociaux". En *Communications*, 20: 246 - 278.

10. No es casualidad el que no haya lugar, en el contexto de este pensamiento marxista "reificante", más que para una concepción puramente reproductora de lo ideológico.

investida en toda forma de organización social (ya sea ésta denominada como del orden de lo "económico", de lo "político", de lo "cultural", de lo "ritual", etc. al ser descrito independientemente de su dimensión significante). *Sin esta semiosis no es concebible forma alguna de organización social.* Lo que no quiere decir que esta semiosis que atraviesa la sociedad sea, *en su conjunto*, susceptible de ser descrita a partir de un principio simple de coherencia interna, sino muy al contrario. Volveremos sobre esto.

Marc Augé ha señalado muy claramente el problema: "Se trata (...) de repensar las consecuencias de algo considerado verdadero por lo evidente, demasiado evidente quizá para que se lo perciba siempre con claridad. Las grandes líneas de la organización económica, social o política son objeto de representaciones al mismo título que la organización religiosa; más exactamente, la organización y la representación se dan siempre juntas; una organización no existe antes de ser representada. No existe tampoco razón para pensar que una organización represente a otra, y que la verdad de un "nivel" en el lenguaje de las metáforas verticales esté situada en otro nivel.¹¹ Así se plantea un importante problema: el de determinar (siempre en el contexto de sociedades concretas) la naturaleza particular y las modalidades de funcionamiento de esta semiosis al interior de relaciones sociales, descritas por el sociólogo o el antropólogo como pertinentes a lo económico, a lo social, a lo político.

Intentemos ahora caracterizar de forma más precisa esos dos conceptos de "ideológico" y de "poder", no en general, sino en relación a la producción de sentido, a la semiosis de una sociedad. Tenemos ya los puntos de ubicación necesarios: estos conceptos remiten a los dos tipos de gramática de los que hemos hablado.

Lo ideológico es el nombre del sistema de relaciones entre un conjunto significativo dado y sus condiciones sociales de producción. En las sociedades industriales capitalistas, esas condiciones conciernen a la manera en que la red de la semiosis social es dinamizada por los conflictos de clase.

11. Marc Augé.

Théorie des pouvoirs et idéologie. Hermann, París, 1975, pág. XIX. Sin embargo, en mi opinión, la noción de representación debe remitir a la semiosis, y en consecuencia a la producción de sentido y a procesos de investimento de materias significantes, si ese término quiere ser algo más que un término cómodo para designar un problema sin resolverlo, por un lado, y si se quiere evitar, por otro lado, la reintroducción de la dicotomía infraestructura/superestructura bajo una nueva forma.

Tras mencionar esto, me parece imposible aprehender la complejidad de este sistema de relaciones por medio de nociones simplificadoras como la de "interés de clase" (incluso si se intenta definirlo "objetivamente"). La construcción de las gramáticas de producción de los discursos sociales puede muy bien prescindir de tales nociones, que implican, además, una teoría ingenua del sujeto.

Suponiendo que un día tuviésemos los instrumentos para reconstituir el conjunto de las condiciones de producción de un tipo específico de sentido producido, se puede decir que una ideología, históricamente determinada (en el sentido en que se habla de "fascismo", de "socialismo", de "stalinismo"), no es más que una gramática de producción. O, más bien, una familia de gramáticas, pues será necesario explicar cómo una ideología históricamente determinada puede investir materias significantes muy diferentes (el discurso escrito, el comportamiento, las películas, el espacio. ¿Acaso no se ha hablado de "arquitectura fascista"?, etc.). Las condiciones de este investimento (el proceso de producción) no son ciertamente las mismas para las diferentes materias. Cada materia define presiones específicas impuestas a las operaciones discursivas de investimento de sentido.¹²

12. Ver mi artículo "Pour une sémiologie des opérations translinguistiques". En *VS Quaderni di Studi Semiotici*, 4: 81 - 100, 1979, para una tipología de las reglas constitutivas de las materias significantes

Cuando se trata de dar cuenta, al interior de un proceso determinado de circulación, de los efectos de sentido de un conjunto signifiante dado, es decir cuando se mira desde el lado del reconocimiento, se está tratando la cuestión del poder. La noción de "poder" de un discurso no puede designar otra cosa más que los efectos de ese discurso al interior de un tejido determinado de relaciones sociales. Ahora bien, esos efectos sólo pueden tener la forma de otra producción de sentido. Ya lo hemos dicho: todo reconocimiento engendra una producción, toda producción es resultado de un sistema de reconocimientos. Si, por ejemplo, tal tipo de "mensaje" de los medios masivos tiene un poder sobre los "receptores", ese poder no puede interesarnos más que bajo la forma de sentido producido: comportamientos, palabras, gestos que definen a su vez relaciones sociales determinadas que mantienen esos "receptores", y que van entrelazándose en la red infinita de la semiosis social.

Esta manera de concebir los conceptos de "ideológico" y de "poder", conlleva un cierto número de consecuencias. Me limitaré aquí a recordarlas rápidamente.¹⁵

"Ideológico" no es el nombre de un tipo de conjunto significativo, por ejemplo de un tipo de discurso que sería el "discurso ideológico". "Discurso ideológico": he ahí otro animal que forma parte de la extraña fauna de cierto marxismo reificante. Una vez más: lo ideológico es una dimensión susceptible de ser ubicada en *todo discurso* marcado por sus condiciones sociales de producción, cualquiera que sea el "tipo".

Una ideología no es un repertorio de contenidos ("opiniones", "actitudes" o incluso "representaciones"), es una gramática del engendramiento, de investimiento de sentido en materias significantes. Una ideología entonces no puede ser definida al nivel de los "contenidos". Una ideología puede (siempre de manera fragmentaria) manifestarse también bajo la forma de contenidos (es quizá aquello que corrientemente es denominado como el "discurso político"). Pero el concepto de ideología (una ideología) no puede ser definido a ese nivel. De hecho, la relación de una ideología (históricamente determinada) con la producción de sentido que ella engendra es del mismo tipo que la que existe entre la lengua y la producción de la palabra, tal como ha sido formulada, por ejemplo, por Chomsky: hay que darse los medios de describir un sistema *finito* (enumerable) de reglas de engendramiento para dar cuenta de una producción de sentido que es *infinita*. Pues a partir de una ideología se puede hablar de la totalidad del universo, "real" e "imaginario", y se pueden utilizar todas las materias significantes. El concepto de "ideológico" no tiene nada que ver con alguna noción de "deformación" o de "ocultamiento" de algo pretendidamente "real". Se toca así la vieja cuestión "ciencia/ideología". Digamos de inmediato que esta cuestión concierne a un muy pequeño fragmento del universo de la producción social de sentido: el orden del discurso escrito de pretensión referencial, que es siempre aquél cuya forma adopta el "conocimiento científico". Algunas observaciones, entonces, respecto de ese campo restringido. El discurso "científico" es típicamente un producto *social*. Para los discursos

15. Se encontrará una discusión más detallada en *Fondations, op. cit.*

sos sociales *no hay sentido que pueda ser "no ideológico"*: esto querrá decir que no se podría producir sentido por fuera de toda presión de engendramiento, lo que es absurdo. Todo discurso social está sometido a condiciones de producción determinadas. Se puede, por el contrario, establecer una distinción al nivel de los efectos de sentido, entre el "efecto de cientificidad", de un lado, y el "efecto ideológico", de otro. Esta distinción es un asunto de reconocimiento y no de producción. En otras palabras: *la diferencia entre el efecto de sentido discursivo que se denomina "conocimiento" y el efecto "ideológico" concierne al poder de los discursos.*

Esta última observación merece algunos comentarios. El fundamento de la distinción entre estas dos gramáticas de reconocimiento (aquella en donde opera el "efecto de cientificidad" y aquella en donde se produce el "efecto ideológico") puede ser formulado del modo siguiente: el "efecto de cientificidad" se basa en una especie de *desdoblamiento*: el discurso es reconocido por instaurar una relación con la relación con lo "real" que describa. Esta relación doble puede ser obtenida cuando un discurso que, como todo discurso, está sometido a condiciones de producción determinadas, *se muestra precisamente como estando sometido a condiciones de producción determinadas.*

En otros términos: la relación del discurso con su referente está marcada por la relación del discurso con sus condiciones de engendramiento. El "efecto ideológico" es, por el contrario, el del discurso absoluto: este discurso que se muestra como si fuese el único discurso posible sobre aquello de lo cual se habla. Pero el uno y el otro de esos efectos de reconocimiento tienen necesariamente lugar al interior de discursos que son *ideologías en producción*.¹⁴

Se puede ver en qué toca esta distinción al poder de los discursos: para que un discurso tenga poder debe poner en marcha una *creencia*. Las creencias implicadas por el "efecto ideológico" y el "efecto de cientificidad" son bastante diferentes. El paradigma del "efecto ideológico" es el discurso absoluto, el discurso de la religión. Inversamente, el modelo mismo del discurso del "conocimiento"

14. Esto me parece ser el fundamento de la distinción entre esas dos gramáticas de reconocimiento, la de la "cientificidad" y la del "efecto ideológico". Pero, ciertamente, no es el único elemento. Habría que añadir que el concepto de un *efecto de sentido* y los que se refieren a los *tipos de discurso* deben ser mantenidos, en mi opinión, en total separación. En otras palabras: *no hay que imaginar que todo discurso producido por las instituciones llamadas "científicas" es un discurso en el que se produce necesariamente el efecto de "cientificidad".* ¡Ni mucho menos! Este es todavía un asunto que no tiene que ver solamente con las propiedades de los discursos considerados en "ellos mismos", sino con el conjunto de las relaciones entre los discursos y las condiciones de producción, circulación y reconocimiento.

es aquél de un discurso que no conlleva la creencia absoluta, el de un discurso *relativo*.

Quizá no sea inútil insistir sobre el hecho que este problema (en una vieja fórmula: la cuestión "ciencia/ideología") es un aspecto extremadamente parcial del dominio de lo ideológico: la tendencia a reducir ese dominio a una cuestión semejante está desgraciadamente muy difundida. El dominio de lo ideológico, en realidad, concierne a todo sentido producido sobre el cual las condiciones sociales de su producción han dejado huellas. Entre las lecciones de Marx he aquí una que es necesario *no abandonar*: nos ha enseñado que si uno sabe mirar bien, todo *producto* carga las huellas del sistema productivo que lo engendró. Estas huellas están *ahí*, pero no se les ve: son "invisibles". Cierta análisis puede hacerlas visibles: aquel que consiste en postular que la naturaleza de un producto sólo es inteligible en relación a las reglas sociales de su engendramiento.

Si se aplica sistemáticamente ese postulado al estudio de la semiosis social, hay sin embargo otro aspecto de la teoría marxista que no se puede conservar. Los compartimientos se caen, los seccionamientos estallan: lo ideológico no es una superestructura pues sin ideología, es decir sin producción social de sentido, no habría ni mercancía, ni capital, ni plusvalía.

4. *Ideológico, poder (II): la red múltiple.* (*El obstáculo izquierdista*).

Pero, ¿qué es en suma el poder? No podríamos decirlo mejor que Foucault: "(...) el poder no es una institución, y no es una estructura, no es una cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se le da a una situación estratégica compleja, en una sociedad dada".¹⁵ Esas estrategias no existen fuera de los paquetes significantes que las cargan, no existen sin la articulación, en las relaciones sociales, de los innumerables discursos que atraviesan a la sociedad, no existen sin el engranaje de producciones de sentido y de reconocimiento de sentido, en una semiosis que Peirce bien había descrito como *infinita*.

15. Michel Foucault, *Histoire de la sexualité, I, La Volonté de savoir*, Gallimard, Paris, 1976, pág. 123.

Imaginemos ahora una sociedad en donde hipotéticamente un único conjunto de reglas productivas permitiese explicar la producción de sentido: a) en todos los niveles del funcionamiento social; b) al interior de todos los tipos de "paquetes" significantes; c) en todas las redes de circulación de sentido; d) tanto en producción como en reconocimiento. Ese sería el modelo de una sociedad enteramente dominada por *una sola gramática*. Tal sociedad permanecería eternamente inmutable: pasaría su tiempo histórico reproduciéndose apaciblemente, siempre idéntica a sí misma. Es muy dudoso que semejante sociedad haya jamás existido en el mundo; es igualmente dudoso que alguna sociedad "primitiva" se parezca en cualquier aspecto que sea a esta imagen. En todo caso, es seguro que nada está más lejos de ese modelo que nuestras sociedades industriales capitalistas.

Ahora bien, cierto pensamiento de izquierda trata desde hace cierto tiempo de cumplir la imposible tarea de explicarnos que vivimos en ese tipo de sociedad. Anunciando con estruendo ya sea "el fin de la producción"¹⁶, ya sea "el estadio cibernético"¹⁷, ese discurso nos muestra cómo una única y misma lógica está en marcha en todos lados: la de la forma/objeto, del "principio de simulación", en Baudrillard, la del discurso del poder (no en tanto que dimensión analítica, sino en tanto que el poder concreto, único, que de arriba hacia abajo domina todo), en Franklin. Curiosa paradoja la de este pensamiento que, por otro lado, muestra bien la complejidad de la producción-reconocimiento de sentido en nuestras sociedades capitalistas. Hace ya mucho tiempo que el funcionalismo sociológico proclamaba alegremente "el fin de las ideologías".¹⁸ Un poco más tarde, Mac Luhan, el profeta de la era electrónica, se regocijaba explicándonos que nos volvíamos nuevamente una "tribu" integrada por el poder *mass-mediático*.¹⁹ Ciertamente pensamiento de izquierda ha invertido simple y llanamente el signo retomando todos esos temas, intactos. Ello ha dado como resultado un discurso apocalíptico sobre la unificación abasoluta de la dominación, que ni siquiera tiene necesidad, al parecer, de ser ejercida: el sistema se reproduce automáticamente. He aquí la paradoja: es evidente que para comprender las condiciones de producción de ese discurso es inevitablemente necesario referirse al discurso del poder:

16. Jean Baudrillard, *L'Échange Symbolique et la Mort*, Gallimard, Paris, 1976.

17. Jean Franklin, *Le discours du pouvoir*, Coll. "10/18", Paris, 1975.

18. Daniel Bell, en su libro clásico *The End of Ideology*, New York, 1960.

19. Marshall McLuhan, *Understanding media: the extensions of man*, Mc Graw-Hill, New York, 1969.

no esta vez a cualquier discurso, no a todo discurso, sino a un discurso muy preciso: *el del poder establecido* en las sociedades capitalistas. Se diría que *ese discurso* ha tenido un gran éxito en la izquierda: ha convencido a algunos de la homogeneidad y coherencia total de nuestras sociedades.

Cualquiera que sea el nivel de la producción de sentido en que uno se sitúe, cualquiera que sea la duración del tiempo histórico que se determine, las gramáticas de producción y las gramáticas de reconocimiento, ya lo hemos dicho, jamás coinciden exactamente. Lo ideológico y el poder son redes de la producción social de sentido perpetuamente sacudidas por los mecanismos dinámicos de la sociedad y, por lo tanto, siempre más o menos desfasados el uno respecto del otro: la producción y el reconocimiento sociales del sentido están, en cada nivel, en cada momento del tiempo histórico, en cada zona de funcionamiento social, sometidos a un proceso perpetuo de desarreglo y de reajuste. En la medida en que el tejido de la semiosis social no es más que la dimensión significante de la organización social, está incesantemente dinamizada por los conflictos sociales. En nuestras sociedades industriales capitalistas, en primer lugar y sobre todo por los conflictos que se desprenden de la lucha de clases.

Este efecto paradójico, en la izquierda, del discurso (o más bien *de los discursos*) de la clase dominante por demás no es nuevo. Un autor como Marcuse ya había recorrido enteramente este círculo. Habiendo partido de un radicalismo todavía marcado por el pensamiento marxista, encontró su final en la proclamación de un "socialismo biológico". Eclosión de lo irracional puro al interior de un discurso de izquierda: ello es el retorno de lo reprimido. Los síntomas no faltan nunca: en los viejos tiempos existían las sociedades "primitivas"; los "primitivos" no conocen más que el "intercambio simbólico", ni siquiera conocen al Inconsciente.²⁰ Un discurso aterrador apocalíptico asociado a la nostalgia de un pasado imaginario, perdido para siempre: eso nos dice bastante, estoy seguro. Mientras más compleja es una sociedad, más compleja es la semiosis que la atraviesa. Lo ideológico y el poder están en todo, en tanto que "marcos de inteligibilidad del campo social", reto-

20. Jean Baudrillard.
Op. cit., pág. 210.

mando la expresión de Foucault. Esta ubicuidad no remite entonces a la homogeneidad de una coherencia global que produciría la unificación significativa de una sociedad en su conjunto. "Omnipresencia del poder: no porque éste tendría el privilegio de agrupar todo bajo su invencible unidad, sino porque éste se produce a cada instante, en todo punto, o más bien en toda relación de un punto a otro".²¹

5. Del lado del Sujeto.

Entre el sentido investido y las condiciones de este investimento, entre las materias significantes y las presiones que definen la naturaleza del trabajo de investimento, se encuentran los *agentes* de los procesos de producción y de los procesos de reconocimiento. Para nosotros, el sujeto es entonces un *punto de paso* de las reglas operativas de la producción y del conocimiento o, dicho de otra manera, es el lugar de manifestación de una legalidad que sobrepasa toda "conciencia" que el sujeto puede tener del sentido.

El sujeto no constituye, por supuesto, un "medio transparente"; está muy lejos de eso. Es a su vez fuente de presiones que definen su funcionamiento en tanto que "sujeto". Es aquí, me parece, que el psicoanálisis encuentra su punto de articulación con una teoría de la producción social de sentido. Aunque ese término de "articulación" puede engañar: tratamos con el psicoanálisis de la misma manera que con lo ideológico y con el poder, a un *nivel* de lectura. Pues el inconsciente también *está en todo*. No existe, ciertamente, discurso que no esté tejido al orden simbólico: eso es una trivialidad. Pero una trivialidad que encierra también un peligro, el de mantener a propósito de todo y de cualquier cosa, un *mismo* discurso universalizante, que se contentaría con encontrar cada vez a la castración, al padre, al falo. La "contribución" del psicoanálisis se volvería así esa "nueva retórica" denunciada por Michel de Certeau a propósito de la historia: "recurrir a la muerte del padre, al Edipo o a la transferencia sirva para todo. Esos conceptos freudianos supuestamente utilizables para todo fin pueden ser aplicados sin dificultad en las regiones oscuras

de la Historia (...) Se le mete ahí en donde una explicación económica o sociológica deja un *resto*. Literatura de la elipsis, arte de presentar los desechos, o sentimiento acerca de un asunto, sí; pero análisis freudiano, no".²² No se trata, entonces, en relación a un conjunto significativo dado, de recoger alegremente, aquí y allá, las huellas del orden simbólico y de sus relaciones con el imaginario para recomponer un modelo, el que seguiría siendo el mismo en la disposición fundamental de sus elementos. Inclusive suponiendo que las "reglas del juego" para llegar a esa recomposición sean explícitas (lo que rara vez es el caso) y no adaptadas *ad hoc* según las necesidades circunstanciales del análisis (lo que casi siempre es el caso), tal operación no podría satisfacernos. La puesta en relación del orden de lo ideológico, del poder y del inconsciente implica representarse una *trama* tejida por esas tres economías a la vez. He tratado de sugerir por qué el orden de lo ideológico y el del poder no son idénticos, por qué remiten a problemáticas estrechamente ligadas, pero *distintas*. Esos dos órdenes tampoco podrían reducirse a la cuestión del sujeto. El "encuentro" entre estas tres economías es un fenómeno histórico, y la trama que ellas producen revela en momentos diferentes, en "lugares" diferentes de la sociedad, diseños diferentes. Es la ubicación de esas *configuraciones diferenciales* que es interesante. Cada disposición de materias significantes ("normalizadas" en los medios masivos, por ejemplo), implica una posición del sujeto que le es específica (pienso en el cine en comparación con la imagen televisiva).²³ En la diacronía, toda distancia significativa entre producción y reconocimiento de conjuntos textuales determinados implica un cambio en la posición del sujeto.

Hay que subrayar en relación a este "encuentro" de una teoría del sujeto con una teoría de la producción social del sentido la importancia decisiva de un estudio que progresa, lentamente, en estos últimos años: el de los dispositivos de la enunciación. Considerarlos en general plantea enormes problemas, pues si sabemos algo de su funcionamiento al interior de la materia lingüística, la teoría de estos dispositivos, tal como toman forma en otras materias distintas del lenguaje, está todavía por hacerse. A esto se añade que lo discursivo, la combinatoria

22. Michel de Certeau. *L'Écriture de l'histoire*. Gallimard, París, 1975, pág. 292.

23. Subrayemos, desde este punto de vista, la importancia de los pasos que se han dado en la búsqueda de una configuración *específica* del sujeto al interior de la institución cinematográfica (aunque no se aborde explícitamente la cuestión de lo ideológico) en el reciente número (25) de *Communications* sobre Psicoanálisis y Cine.

particular propia de los "paquetes significantes", afecta al dispositivo de la enunciación al interior de *cada* materia.

Es evidente que este dispositivo, tal como funciona en la materia *lingüística* que puede formar parte del discurso fílmico, por ejemplo, ya no es el mismo que aquél que caracteriza a la enunciación en la actividad de la lengua propiamente dicha, ya sea ésta oral o escrita. Aún quedándonos dentro de los límites del discurso lingüístico, no se puede exagerar la importancia del análisis de la enunciación, a menos que se comprenda que en última instancia este análisis *no* concierne a un "aspecto" del discurso; no abarca un "nivel" de la discursividad, sino, al contrario, conlleva (o en todo caso, *debería* conllevar) una transformación *global* y profunda de la concepción de la actividad del lenguaje. El dispositivo de la enunciación, entrelazado en todo a las operaciones discursivas, afectando por ello a todo instante al material léxico, es aquella red de huellas por la cual el imaginario de la historia viene a injertarse (de manera siempre fragmentaria, siempre parcial en cada proceso de producción o de reconocimiento) sobre estructuraciones determinadas del orden simbólico.

Traducción: Javier Protzel